

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 16 DE MAYO DE 1920

NUM. 19.120

PIEDRA DE TOQUE

GUTIÉRREZ entró con la emoción de siempre en el despacho rico y severo del señor don Manuel Carrizales. Don Manuel, que estaba escribiendo en su mesa, levantó los ojos de las cuartillas y miró a Gutiérrez sonriente.

—Aguarda—le dijo—; te atenderé en seguida.

Gutiérrez se arrimó a la chimenea. Sentía frío... y una angustia muy grande... ¡Ir a molestar otra vez a aquel buen señor!... Tentado estaba de marcharse a la calle.

Don Manuel dejó de escribir.

—¿Por tu casa bien?—interrogó a Gutiérrez, levantándose.

—Tirando vamos...

—¿Y qué quieres hoy?

Gutiérrez, por toda respuesta, lleno de turbación, sacó de debajo de la raída capa una tablita pintada al óleo.

Carrizales primero contuvo la risa y luego soltó la carcajada.

—¿Pintor también!

—También, señor; cuando aprieta el hambre...

—¿Pero tú has pintado alguna vez?...

—En mi vida, señor...

—¡Ja, ja, ja! ¡Pobre Gutiérrez!... Y esto, ¿qué representa?—se atrevió a preguntarle mientras miraba y remiraba la pintura, deseoso de adivinar el asunto.

Gutiérrez explicó torpemente lo que él pretendía que fuese cada cosa pintada.

—¿Conque esto es un chivo? Bien, hombre, bien... ¿Y esto es una higuera?... Te creo porque eres muy formal...

—¿Le parece a usted malo?—interrumpió Gutiérrez, que ya se la tenía tragada.

—Yo entiendo poco de pintura... Perdoname las bromas y ten ahí... Un artista como tú no debe carecer...

Sacó una cartera, y de ella un billete de diez duros.

—¿Se quedará usted con la tablita?—afirmó «preguntando» Gutiérrez, nervioso y conmovido.

—¡Ca!—dijo el otro—. ¡Dios me librel... No te faltarán compradores para una joya así... ¡Ja, ja, ja!

—Muchas gracias, don Manuel; muchas gracias... ¿Tiene usted algo que mandarme?

—Nada, hijo... Digo, sí: que no se te ocurra hacerme un retrato.

Gutiérrez salió del despacho del señor don Manuel Carrizales como siempre salía: con lágrimas de gratitud en los ojos.

Lo que más cautivaba a don Manuel de aquel desventurado, lo que más le inducía a protegerle y ampararle, eran aquella modestia, aquella bondad, aquella sencillez sin ejemplo. Persona más humilde no existía bajo la capa del sol. Desde que un pícaro ministro le limpió el comedero, el pobre hombre se presentaba en casa de don Manuel cada lunes y cada martes con algún fruto de su trabajo y de su ingenio. El había hecho letras de adorno para periódicos de modas, juguetes con sorpresa para venderlos en la Puerta del Sol; había traducido folletines del francés, barnizado muebles, compuesto jaulas... ¡Vaya usted a saber! En todo ponía mano; nin-

gún obstáculo le detenía, y, sin embargo, era el hombre más desmañado y sin gracia del mundo.

¡Desventurá mayor!

—Oye, Gutiérrez—le decía, a lo mejor,

—Señor Todopoderoso, Padre de la tierra y de los cielos, por mi hijo te pido que pueda yo alguna vez corresponder a los beneficios que este buen señor derrama sobre mí y sobre mi gente a ma-



¿En Avila?... ¿En Palencia?... ¿En Soria?... ¿Dónde la sorprendió el lápiz feliz del gran Victorio Macho? Lo mismo da. La mocita morena, frágil, menuda, humilde, amapola graciosa nacida en un trigal de tierras de Castilla, tiene en los ojos, fijos y soñadores, toda el alma de la llanura abrasada y sedienta, en que tal vez la leve florecilla de su cuerpo será la única flor.

de cualquier obra suya, don Manuel; ¡esto es deplorable!

—¡Deplorable!—repetía Gutiérrez, convencido—. ¡Pero si no sé hacer otra cosa!... —agregaba con candor y con pena.

Ni un gesto, ni una mirada de protesta, ni una palabra más. Nada que pudiera parecer defensa de su trabajo... Ni el más leve estremecimiento del amor propio herido...

El monólogo de Gutiérrez al salir de la casa de Carrizales era siempre igual:

nos llenas... ¡Hazlo, Tú que todo lo puedes!... Pero, no; si es imposible... si no hay manera de... Porque, pongamos que yo, andando el tiempo, sea rico... que es poner bastante... ¿Y qué? Podré devolverle el dinero que me adelanta; pero esta alegría pura, esta emoción honda, estas lágrimas que me produce su bondad... ¿con qué se las pago? ¿Acaso lo que me da no es mas que dinero?... Bien me acuerdo de la noche de Reyes, en que le mandé a mi chiquillo aquel caballo de cartón... Yo podré el día de mañana comprarles a los suyos un bazar de juguetes,

dos bazares, tres...; pero la alegría loca que tuvo el mío al despertar aquella mañana, ¿con qué se la pago?

Gutiérrez enseñó a su hijo a adorar y bendecir el nombre de don Manuel Carrizales. Don Manuel siguió siendo el mismo, siempre generoso, siempre bueno. Gutiérrez decía:

—Es tierra que no se cansa de dar flores.

Y era cierto: no se cansaba. Pero era porque aquella tierra la regaban las lágrimas ardientes y fecundas de la gratitud.

Gutiérrez llamó una mañana a la casa de su protector. Este no estaba, y el cesante dejó al criado un paquete y una carta para el señorito.

—Le dice usted cuando vuelva que es urgente, ¿me entiende usted?... Urgente.

—¡Vaya si es urgente!—murmuraba bajando la escalera.

En sus ojos había un brillo extraño, nuevo.

—¡Gracias a Dios que se va a resolver mi existencia!—pensaba calle abajo—. ¡Vaya, que esto es lo grande! ¡Tantos y tantos años sin saber que había dentro de mí esta luz divina, este fuego que siento en mi frente y que me trueca de simple y desdichado mortal en hombre fuerte, lleno de esperanzas, de ilusiones de color de rosa, de alegrías desconocidas para mí!... Se acabó aquel Gutiérrez encogido y sin fe, inútil para todo... ¡Porque lo que es para «eso»... sírvole! ¡Vaya si sírvole!... La prueba la tiene don Manuel en su casa. ¡Qué abrazo va a darme cuando me vea! ¡Y qué gloria para mí... y para mi mujer... y para mi chico!... ¡Gutiérrez, eres otro hombre!

—¡Hola! ¿Tú por aquí, Gutiérrez? —Sí, señor don Manuel... ¿Le entregó a usted el criado?...

—¿El drama que has escrito? —Justo.

—Sí, me lo entregó—dijo don Manuel, dudando si aquel pobre hombre hablaba en serio.

—¿Y qué?... —preguntó el autor del drama con una ansiedad tan cómica pintada en el rostro que hizo soltar la risa a su amigo.

—Muy malo.

—¿Muy malo?

—¡Pésimo! No una cosa cualquiera... ¡Un disparate! ¿Qué digo uno!... ¡Una colección de disparates!

Gutiérrez quiso hablar; pero tenía la lengua pegada al cielo de la boca.

—Esas son ganas de perder el tiempo, de ponerte en ridículo... Créeme a mí... Pinta muebles o inventa ratoneras; ¡pero no hagas más dramas, por amor de Dios!

—Pues... yo creía... De modo que dice usted... ¿Y no podrá representarse?

—Si quieres que te fusilen, sí.

Gutiérrez estaba trémulo, lívido, como si en efecto lo fueran a fusilar de un momento a otro.

Aquella visita fué la última que hizo a casa de su protector. Gutiérrez inten-

tó defender su drama, y don Manuel, naturalmente, se puso por las nubes... El monólogo del novel dramaturgo al salir escaleras abajo, herido por primera vez en su amor propio, fué muy distinto del de otras veces... Vale más no copiarlo, porque parecería inverosímil.

Y ahora, lector amigo, escucha aparte. La franqueza y la lealtad son prendas de inestimable precio. Usa de ellas en cuantas ocasiones se te presenten en la vida... Pero si algún amigo tuyo cae en la tentación de escribir un drama, y el drama es malo por añadidura, y te lo lee para que le digas tu opinión «con franqueza», ¡no se la digas nunca! No te creará; atribuirá tu parecer a envidia y a ignorancia; perderás un amigo... y acaso te crearás un enemigo irreconciliable.

Hace algunos meses, persona a quien considerábamos amiga y discreta nos leyó una obra dramática en tres actos, cuya acción, para mayor comodidad, se desenvolvía fuera del tiempo y del espacio. Y al indicarle nosotros, tímidamente—nada más que indicárselo—, que aunque aceptamos de buen grado todas las ocurrencias y formas artísticas, más o menos artísticas, preferimos que los dramas y las comedias pasen en este bajo mundo, se levantó de un salto de la silla en que estaba, nos miró con un desdén ofensivo, enrolló el manuscrito, que ya enrollado parecía un cañón, y nos espetó esta rociada:

—¡Vamos, hombre! ¡La culpa me la tengo yo por haber venido a someter una concepción trascendente, plena de contenido ideológico, al juicio de dos cerebros de alfiler, de dos mosquitos literarios!

Y salió de la casa de los dos mosquitos dando un portazo enorme y dejándose olvidada, por extraño caso, una pipa, que hubo que tirarle por el balcón.

A nosotros se nos resolvieron en un momento todas las dudas a propósito de la persona del verdadero Shakespeare: era, redivivo, el de la pipa.

Y aquel sofón y aquella sorpresa evocaron en nuestro espíritu la vieja historia del pobre Gutiérrez, insignificante, vulgar, sin transcendencia alguna, pero tristemente verdadera, y que se repite a cada triquitraque... aunque, ¡ay, dolor!, nunca fuera del tiempo y del espacio.

S. y J. ALVAREZ QUINTERO

EL DEBER DEL SACRIFICIO

EN su novela, cruel, espiritualmente trágica, publicada en inglés con el título *The Divowers*, y casi al mismo tiempo en italiano, con el título *I Divoratori*—la autora domina ambos idiomas—, Annie Vivanti plantea un problema angustioso. Es el del deber inexorable del sacrificio en los padres. Los hijos son unos devoradores. De generación en generación ese sacrificio se reproduce de una manera fatal y algo así como inflexiblemente implacable. Al porvenir de los hijos es necesario sacrificarlo todo: el amor, la felicidad, la libertad, la fortuna, la paz de la conciencia, los arrebatos indómitos del corazón.

¿Ley natural? ¿Norma moral? Los orígenes pueden ser discutidos. Lo que hay que constatar es el hecho cierto. Los hijos son los devoradores. Así lo proclama Annie Vivanti. Por lo general, lo son todos. En el caso de esta novela, los hijos son genio. Y así de generación en generación Valeria es devorada por su hija Nancy, que es una poetisa genial; a su vez, Nancy es devorada por su hija Anne-Marie, en quien resplandece el genio musical. Luego, ésta será a su vez devorada por el fruto de sus

entrañas maternas. Parece que el deber del sacrificio se transmite en una herencia ininterrumpida.

Valeria renuncia al amor porque cuando ha iniciado un *flirt* con un joven inglés se acuerda de que es la hora de amamantar a Nancy, y no acude a la cita, y de ese modo queda roto el idilio amoroso con tan buenos auspicios de dicha comenzado. Renuncia, aunque involuntariamente, a la vida; pero siempre bajo un destino fatal, porque al ir por la calle a solicitar dinero con que socorrer a Nancy, ausente, y que reclama, en su tribulación y en su miseria, auxilio, cae bajo las ruedas de un coche, que la aplasta.

Después viene a su tiempo el turno de los sacrificios a Nancy. Sus talentos de poeta le abren el camino de la gloria. Su hermosura puede asegurarle el triunfo en la existencia. Y, sin embargo, sus ilusiones de renombre y sus sueños de venturoso amor tiene que sacrificarlos a las exigencias del porvenir de su hija Anne-Marie.

Nancy quisiera que su musa tornara a inspirar bellas canciones en la paz campestre de Portouenere. Imposible. La hija tiene que hacer sus estudios de violín en Praga. Hay que sacrificar las exaltaciones del genio propio y renunciar definitivamente a la gloria literaria.

Y renuncia también al amor y a la fortuna, que le salen al paso.

¿Por qué? Porque es indispensable sacrificarlo todo a que se despliegue libremente todo el genio musical de la hija.

A veces, ¿no será completamente estéril el sacrificio materno? ¿No será engendrado por una engañosa ilusión que en vez de traer la dicha crea el infortunio?

La misma novelista escribe:

Por la ancha carretera
que abrasa un sol de fuego
—largo camino que serpea, blanco,
de esta Castilla por el campo yermo—,
flaco el ijar y la cabeza baja,
casi tocando, fatigada, el suelo,
camina, solitario
—sólo su sombra le acompaña—, un perro.

Ni un árbol; ni a la vera
del camino un mesón; sólo en el cielo,
trágicamente azul, alto, muy alto,
un rápido vencejo
que cruza y va a perderse, como un punto,
en la limpia extensión, allá, muy lejos.

El sol—julio culmina—cae de plano
sobre el largo camino polvoriento,
que brilla con un halo de neblina
—tales son los reflejos
que despiden las cosas: polvo y piedras—
de la tarde abrasada en el silencio.

Un árbol—parda encina—
mendigo siempre al sol, sucio y enteco,
deja escuchar, como encantada esfinge,
de pronto, sobre el viento
de la tarde dormida,
la voz de una cigarra.

Fuerte y seco
sueña el parche marcial: la voz fecunda
y ardiente de Castilla

Fijo el perro,
sin detener su paso, mira al sitio
de la ronca canción, hasta que el eco,
por la distancia mudo,
vuelve a ser un remanso sobre el yermo.

Bajo el sol que calcina,
la mancha, toda negra, de su pelo
refulge—como el polvo y los guijarros—
con un halo de fuego.

«En su inocencia de tórtola, Nancy había absorbido la existencia de cuantos la rodeaban. En su dulce debilidad, en su fragilidad infantil, ella había roto, destruido y devastado. Las vidas de todos aquellos que la habían amado fueron necesarias para nutrir la clara llama de su genio, el fuego resplandeciente de su juventud.»

Eso es lo que hace Nancy. Destruye para vivir, devora para nutrirse y aniquila para crear. Es una devoradora. Ella, a su vez, será devorada.

De su lamentable matrimonio con el aventurero napolitano Aldo Della Roca, durante los tristes días de miseria en la emigración, allá entre los esplendores y el lujo de la vida en Nueva York, le nace una hija: Anne-Marie. El marido la abandona en momentos tan dolorosamente críticos. Ella comprende entonces su condición materna, y por primera vez se da cuenta de la importancia de sus deberes de madre. Y ahí acaba el poeta. La dura realidad se impone, y se ha iniciado la era de los irremediables sacrificios.

Todavía puede encontrar en el amor cierto alivio a las crueldades de la vida. Aquellos extraños y románticos amores con un rico minero del Transvaal pueden ser una feliz solución a sus desencantos de mujer burlada y hasta un alivio a las rudas dificultades con que tropieza en la lucha por la existencia. Ella acude a la fantástica cita en París. Pero del extravagante enamorado no acepta el amor. Sólo acepta el dinero, y lo acepta por su hija.

Ha sido a su vez devorada.

¿Y encuentra recompensa? Los triunfos que ella no pudo obtener por completo como poetisa, los obtiene, como violinista genial, su hija Anne-Marie.

Hay que ceder a la voz de la gloria.

LOS POEMAS TRISTES BAJO EL SOL

La sed—no hay un regato—
cuaja sucias espumas en su belfo,
y el ascua del cansancio
le horada los ijares como un hierro.

Un ladrido cercano
le detiene.

—¿Qué pasa?

Un humo denso
—nube de paz que se levanta humilde
desde un rústico hogar al ancho cielo—,
una esquila, y de un gallo
el sonoro clarín, pónenle crespito
el pelaje del lomo.

Se detiene
y vacila.

Allí, abierto
el zaguán al camino,
se levanta un mesón.

El sol es fuego.

Tiene sed. ¡Si quisieran!
Pero, no, no querrán. Los mesoneros
—tundido tiene a golpes
de cayada y de piedras el pellejo—,
igual que los mendigos y pastores,
son malos, en Castilla, con los perros.

Es preciso seguir, y tras las tapias
del tranquilo mesón, que tiene un huerto
—¡quién fuera su guardián, siempre escuchando
el claro son del agua y dar el viento
de las tardes serenas en las hojas
de los álamos viejos!—,
se escurre, y otra vez vuelve al camino
ue serpea a lo largo sobre el yermo.

Y allá, por la ancha estepa,
la cabeza muy baja, casi al suelo,
tiende de nuevo el paso, hasta esfumarse,
cada vez más confuso, más pequeño,
tras del halo de cálida neblina
que despiden el camino polvoriento.

Fernando IÓPEZ MARTÍN

Y así, exclama Nancy:

«Día y noche su voz ha sacudido mis nervios; me ha arrancado el corazón pedazo a pedazo. Sin embargo, no es esa voz la que hace sufrir. Lo que hace sufrir es no poder acudir a ella; es verse retenida por tantas manos cariñosamente extendidas. Los pequeños deberes cotidianos, como los grandes y heroicos amores, todo, todo se junta para forzarnos, para detenernos, para obligarnos. Y entonces no hay más remedio que resignarse. ¡Y se queda uno vencido, vacío; sí, vacío!»

Esos pequeños deberes son los que truncan la vida. El sacrificio mata hasta la última ilusión del alma.

¿El amor? Hay que renunciarlo. ¿La dicha? Imposible conseguirla.

«Yo soy—dice también Nancy con acento de doliente resignación y en un instante de supremo renunciamento— una devorada. Yo no existo ya. Mi pequeña Anne-Marie me ha devorado. Y es justo y hermoso y santo que sea así. Ella me ha consumido y yo me siento dichosa. Ella me ha aniquilado y yo le estoy agradecida.»

La recompensa de tan enorme sacrificio es demasiado cruel. Al llegar la hora del amor, Anne-Marie se casa. Y entonces Nancy, la madre, se queda sola, completamente sola. La vida es para ella, en adelante, breve, inútil, trágica, con una iniqua y espantosa vanidad.

Pero la ley del sacrificio no se quebranta. La estirpe de los devoradores se perpetúa, y el caso doloroso se reproduce de generación en generación.

Marie-Anne pronto es también madre. Y sueña todavía en días de gloria, como aspira en el amor a días de felicidad que no acabarán nunca. Volverá a sus triunfos como violinista de genio. Proyecta componer una ópera en la que vuelque todos sus talentos musicales.

Junto a ella está la cuna donde duerme la niña. Esta la llama a la dura realidad, convirtiendo los sueños en desencantos.

Y la niña, minúscula criatura, abriendo los ojos y llorando, con su llanto la revelaba la gran verdad: *Tengo hambre*.

Le señalaba el camino, el camino del sacrificio.

La devoradora, a su vez, iba a ser fatalmente devorada.

ngel GUERRA

EL ARTE EN SU SITIO

EN medio del esplendor primaveral, y gala del enorme jardín que se extiende a las puertas de Madrid, muéstranos estos días con todo el prestigio de su encanto ese bello palacete de la Moncloa, que puede, con un poco de cariñoso y reverente cuidado, volver a la gracia y elegancia de otro tiempo.

Singulares recuerdos históricos le avaloran, habiendo sido residencia de la famosa duquesa Cayetana en los días inmortalizados por el pincel goyesco. Allí se refugió luego Murat, trasladándose desde el palacio de Godoy, el 2 de mayo de 1808. Más tarde fué mansión nupcial de la Reina Isabel II. En tiempos más recientes, y estas ya son vulgares remembranzas, era aprovechado como vivienda veraniega por algunos ministros, que demostraban con ello tener mejor gusto que respeto a los pudores de su cargo.

Afortunadamente, este palacete de la Moncloa ha sido cedido por el Estado a la Sociedad de Amigos del Arte, habiéndose encargado de él una Comisión que forman mi ilustre y antiguo amigo el duque de Parcent, y, entre otras personas muy amantes del arte español, el Sr. Ezquerria del Bayo y el conde de Ca-

sal, que ha tenido el buen gusto de hacerse en la plaza de Neptuno su casa de típico estilo señorial madrileño, más digna de la vecindad del Prado que sus edificios inmediatos.

Esa atención que ahora se dedica al palacete es legítima y necesaria. El gusto y el arte de los jardines, que tuvo tan grande importancia en el siglo XVIII, hizo elevar en los reales sitios, aparte de los grandes palacios, esos bellos retiros y cobijos campesinos que son: en Aranjuez, la Casa del Labrador; en El Escorial, las de Abajo y de Arriba; en El Pardo, la del Príncipe; en el Buen Retiro, la de San Juan, y otras tantas en quintas de magnates que embellecían las cercanías de la corte.

Se cuidará el edificio campesino, y bueno será cuidar también lo que al campo y al jardín se refiere. La Moncloa

tolerable la idea de museo. Porque no hay nada más abominable y más anti-artístico que lo que suele entenderse por tal, y que espiritualmente da una sensación de cementerio, y materialmente la de almacén o prendería.

El museo del Prado, por ejemplo, impresiona tristemente, porque cada cuadro necesita del lugar para que fué pintado. El «Carlos V entrando en la gloria», del Tiziano, requiere el aposento imperial de Yuste, donde estuvo colocado. El Cristo velazqueño «Por los pecados del Rey», no debía tener otro lugar que el legítimo suyo de la sacristía de San Plácido. Ya no existe el Alcázar, y no es posible volver a su colocación otras pinturas que en él tuvieron su sitio; pero queda el trozo principal del palacio del Buen Retiro, con su Salón de Reinos, donde está el museo de Artille-

FRASQUITO

EN la aldea, al verle salir de su casa con el cayado al brazo y cubierta la cabezota con el gorro de piel, exclamaban:

—Ya va Frasquito a darse un paseo.

Los paseos de Frasquito solían durar varios días... Tomaba un camino, como si una sed inagotable de andar le devorara, perdiéndose por la llanura, hacia la sierra, al otro lado de la cual, junto a los puntos de las últimas lomas, se extendían los mares azules, serenos como un lago, a cuya orilla blanqueaban los villorrios y los caseríos en medio de los valles, donde las arboledas encendían sus pompas de oro con la luz del sol de aquellos días en que el mar

mar que se juntaba con el cielo Dios sabría dónde. De las cosas que veía en sus sueños nada hubiera podido decir; pero era todo tan agradable, que cuando abría los ojos sentía una gran tristeza y hasta ganas de llorar.

Algunos días se formaban sobre el agua unas nieblas muy tenues, que se espesaban poco a poco y resbalaban por la superficie plumiza como un humo denso, hasta formar una nube húmeda, gris, en medio del espacio... Después iba deshaciéndose en jirones volanderos, y el aire se los llevaba tierra adentro, rojos de sol, como rubias cabelleras sueltas.

—Ya están bebiendo agua las nubes—pensaba Frasquito.

Y aun cuando oyera las voces anun-

La Pradera de San Isidro



Museo del Prado.

Cuadro de D. Francisco de Goya

Fotografía Lacoste.

viene padeciendo el martirio de la construcción. Aquella antigua gideonada que alababa la idea de edificar las ciudades en el campo parece haber presidido el criterio de quienes tienden sistemáticamente a la desaparición de esa parte tan grata de las afueras de Madrid. Hace muy poco, como si la piedra y el ladrillo no hubiesen robado bastante a la Moncloa lo que pertenece al árbol, se han concedido allí terrenos para la Casa de Velázquez, y se sigue hablando de dar también en sus tierras emplazamiento a la nueva Facultad de Medicina.

Bastantes edificaciones tenía ya la que fué finca espléndida de los arzobispos de Toledo. Contando el palacio viejo, donde se halla la Escuela de Agricultura, las Casas de Oficios y de Labor, la de la puerta de la Dehesa de la Villa, la de la Viña del Bordador, la de la puerta de Belén, la de la huerta del Pozo, la de la Chispa, la de la puerta de Alba, la de los Huertezuelos, la de los Hariscos y la capilla de San Bernardo, presididas todas por el elegante palacete que ahora se apresta a un artístico resurgimiento.

Si la Sociedad de Amigos del Arte quisiera hacer una obra completa, podría, dentro de la evocación del siglo XVIII, que seguramente realizará, hacer allí una casa goyesca. Sólo así en una residencia de la época, dando una impresión de manstón vivida, es

ría, y donde en su vez, y en medio de una decoración adecuada, tendrían su natural emplazamiento los mejores cuadros de la escuela española, algunos de los cuales no harían mas que recuperar bajo aquellos techos su puesto primitivo. Así el de Carducho, en que el duque de Feria socorre la plaza de Constanza. El de Castelló, en que D. Baltasar de Alfaro, suntuosamente ataviado, ordena a sus soldados que se lancen al agua con sus mosquetes para apoderarse de las embarcaciones holandesas. El de Pareda, en que el marqués de Santa Cruz socorre a Génova. El de Caxes, en que D. Fernando Girón, desde su sillón, donde la gota le aprisiona, rechaza el formidable ataque de lord Wimbledon a Cádiz, en 1625.

Goya en el palacete de la Moncloa estaría como en su casa, ya que, por desventura, no pueda estar en la suya propia de la gloriosa quinta. Los cartones de los tapices y las pinturas de su morada lucirían allí más que en los sótanos del edificio del Prado, que, como es sabido, se hizo con otro fin. Los lienzos del «Dos de Mayo» y «Los fusilamientos» realzarían su valor en aquellos aposentos que visitó el pintor más de una vez, y donde vivió el propio Murat, y «La maja desnuda», que bien merece un saloncito para ella sola, tendría donde recibir dignamente a sus devotos.

Pedro DE RÉP.DE

y el cielo se juntaban fundiéndose en el horizonte con una unánime vibración cerúlea y cristalina.

Al llegar a alguna aldea daba un gran rodeo salvando las casas, y emprendía otro camino sin objeto. Cogía frutas de los árboles y dormía en las cuevas y en los pajares. En los labrantíos le llamaban los mozos de las quintas y dábanle de comer de sus zurroneos.

—¿A dónde vas, Frasquito?—le preguntaban.

No lo sabía. Como siempre, encogíase de hombros y contestaba:

—A caminar.

Sobre todo, gustábase ir a la playa con los marineros y los pescadores, y cuando volvían de la pesca tirar de la jábega y hundir las manos en el copo donde los peces de plata viva saltaban temblorosos en un postrero espasmo.

*

Desde la montaña quedábase mirando al mar, que, como una lámina de cobalto, se tendía a dos leguas de distancia.

Desde allí veía cruzar los vapores empenachados por una cimera de humo, siguiéndolos con los ojos extáticos hasta perderse en el horizonte... Le invadía un placer suavísimo, y poco a poco cerraba los ojos, durmiéndose. Entonces soñaba con viajes por aquel

ciadoras del yantar, permanecía impasible contemplando el rebaño de nieblas, como hipnotizado.

*

Una noche quedóse dormido y lo despertó un largo estampido. Miró en derredor. No vió nada... Ni las luces de la aldea por el lado del campo, ni por el del mar las señales de los pescadores. El monte estaba seccionado en su mitad por las nubes eléctricas, trepidantes, luminosas, que estallaban lanzándose serpientes de fuego.

La tempestad, abajo, no le producía el terror que otras veces bramando sobre su cabeza.

Sentía en su corazón como otra tempestad de incomparable hermosura. Un baño de placer desconocido corría por sus venas; algo que le hizo pensar en cosas lejanas, como las de sus sueños, cosas imposibles, viajes fantásticos, que le inducían a huir para siempre, a no volver más a la aldea.

Y descendió del monte entre las nubes luminosas, por el sendero que llevaba al mar, entre los pescadores, con el cayado al brazo y el gorro de piel, murmurando entre dientes, como si respondiera a una pregunta:

—A caminar... A caminar.

Heliodoro PUCHE

EL CABALLERO QUE LLEGÓ TARDE



- CUENTO INFANTIL -

En tiempos del rey Arturo había un caballero muy valiente, que se llamaba Donald. Vivía lejos de la corte, lejos del rey, porque éste le había mandado a una comarca distante para que guardara el orden de las aldeas y combatiera a los ladrones escondidos en los bosques.

Un día vino un mensaje del rey para sir Donald.

—Has de saber—dijo el heraldo al caballero—que hay una vacante en la Tabla Redonda y el rey te llama porque ha llegado hasta él la fama de tu lealtad y de tus hazañas.

—¿Quiere hacerme caballero de la Tabla Redonda?—exclamó sir Donald emocionado.

Casi le temblaba la voz cuando preguntaba esto, porque en la Tabla Redonda reunía el rey a los caballeros que más quería, tratándoles como compañeros, y no había, por tanto, honor más alto en el reino que entrar en aquella compañía.

La mesa era redonda, y era así para que ninguno de los que se sentaban a ella pudiera tener sitio preferente.

—Escucha—dijo el heraldo—: El rey ha mandado llamar a varios caballeros para escoger entre ellos, después de conocerlos a todos; pero nosotros sabemos que sólo sir Brontas y tú tenéis bastantes méritos para alcanzar el premio del rey. Te lo advierto para que te pongas en camino inmediatamente y vayas sin perder un minuto a Candlos, pues allí está la Corte, con el rey, esperándoos.

En cuanto oyó sir Donald esto saltó sobre el caballo y partió hacia la corte galopando.

Llevaba recorridas unas leguas, cuando vio que por un camino llegaba otro caballero que pronto se reunió con él. Era sir Brontas.

—¡Hola!—exclamó sir Brontas—. Tú y yo vamos en busca de la misma recompensa. El más bravo de nosotros la ganará. Nuestro camino hasta Candlos es el mismo, de manera que marchemos por él juntos, como buenos camaradas, y no nos separemos como no sea para cumplir nuestro deber.

—¡Bien dicho!—asintió sir Donald—. Cabalgaremos juntos, y solamente el deber nos separe.

Dicho esto, siguieron carretera adelante.

A los pocos pasos se encontraron con un leñador que yacía en la cuneta porque se había caído de un árbol cuando estaba cortando leña.

—¡Oh, señores amables, deténganse un momento!—suplicó el leñador—. Me muerdo de sed porque estoy herido y sin gota de agua.

—Me llama el rey—dijo sir Brontas—y no me puedo detener, porque el deber primero para mí es ir adonde él me llama.

En cambio, sir Donald dijo:

—¡Qué hacer sino quedarse! ¡Soy hombre y tengo corazón antes que nada!

Y en tanto que sir Brontas siguió al galope su camino, sir Donald fué por agua, la recogió en su yelmo, lavó las heridas del pobre hombre y le calmó la sed.

Luego, acomodándole a través sobre la montura, le llevó hasta su casa.

La mujer y las hijas del leñador corrieron a besar la mano del caballero, desechas en agradecimiento, y una de ellas le acompañó, enseñándole los atajos, hasta que le dejó en el camino real.

Allí encontró sir Donald a los dos heraldos que hubiese dejado atrás, en la encrucijada, y que caminaban al paso tranquilamente hacia Candlos.

—Pierdes el tiempo—dijo uno de los heraldos—; sir Brontas galopa sin cesar y está ya lejos.

Dejó que las mujeres explicaran lo ocurrido a los heraldos y picó espuelas al caballo.

Al cabo de unas leguas alcanzó a sir Brontas, porque se le había roto la cincha de la montura y eso le había hecho detenerse y perder tiempo.

De nuevo emprendieron juntos el camino.

—Si supiera el rey lo ocurrido se enojaría contigo—dijo sir Brontas—y con razón, porque un caballero no debe entretenerse con el primero que se encuentre en medio de su camino cuando el rey le ha llamado y le espera.

—Pero si no le ayudo—replicó sir Donald—tal vez hubiera muerto el hombre a consecuencia de la herida.

Según iban hablando de este modo, una niña saltó al camino suplicando:

—¡Ayúdenos, auxilio, auxilio, por Dios! Han entrado en casa unos ladrones, han atado a mi padre y juran que le habrán de matar si no les dice dónde tiene escondido el dinero.

—Pues decídselo entonces—le replicó sir Brontas—. ¿O es que tenéis más apego al dinero que a la vida?

—¡Pero si es que no tiene dinero! ¡Vengan, por Dios, y sálvenlo! ¡Vayan a echar a los ladrones!—replicaba la niña.

—No me es posible—respondió sir Brontas disculpándose—. El rey me ha llamado y no voy a desatender al rey por atender a ti.

Después de lo cual picó espuelas y se marchó.

—Yo te socorreré—dijo, sin poderse contener, sir Donald—. Pero bien caro me va a costar el socorrerte, por mi vida. Tal vez hubiera podido ser caballero de la Tabla Redonda, y con esto llegaré tarde y perderé la partida. El rey no me perdonará nunca haber faltado a mi deber y no haber acudido a tiempo a su lado cuando él me llamaba. Pero tengo el corazón así y he de resignarme a obedecerle. ¡Qué remedio! ¡Pequeña, dime por dónde está tu casa!

—A media legua de aquí—respondió la niña—, por ese camino.

Sir Donald espoleó al caballo y pronto encontró a los ladrones cerca de la casa.

Los ladrones eran feroces y comenzó una lucha terrible. Apenas si podía valerse el caballero contra todos; no conseguía entrar en el cercado de la casa, porque los ladrones, parapetados, arrojaban piedras enormes, que ponían en grave riesgo la vida de sir Donald.

Este hizo un esfuerzo desesperado y

acometió contra la puerta lanza en ristre. Fué tan atroz la carga, que puerta y lanza saltaron en pedazos.

Se entabló entonces una lucha cuerpo a cuerpo en la misma entrada de la casa. Luchaba sir Donald contra todos, y cuando estaba en lo más reñido de la pelea sonaron las trompetas de los heraldos. La niña se los había encontrado en la carretera y, enterados de lo que pasaba, venían corriendo en auxilio del caballero.

Los cuatro ladrones tuvieron miedo entonces de habérselas con tres hombres armados y huyeron; así que pronto quedó la casa y los dueños libres de todo riesgo.

—Bravos—exclamó uno de los heraldos, admirando a sir Donald—y bueno como pocos; pero el honor que te esperaba se te ha ido de entre las



manos. Mal habrá de quedar el ánimo del rey a tu favor cuando nos pida explicaciones del retraso y hayamos de referirle lo ocurrido. Es un desaire para el rey que hagas caso de todo menos del honor que te ofrece.

—Ya no volveré a entretenerme más—dijo sir Donald—. Os juro que no tendré que encolerizarse el rey por más retrasos míos.

Picó espuelas, partió veloz, y corrió tanto, que de nuevo alcanzó a sir Brontas, a quien se le había vuelto a romper el estribo.

—¿Y tu lanza?—le preguntó sir Brontas.

—Se hizo pedazos al arremeter contra la puerta.

Sir Brontas soltó una carcajada.

—Buen papel harás cuando llegues al castillo y tengas que decir al rey que vienes sin lanza.

Sir Donald bajó la cabeza avergonzado.

—No seas tan cruel y no te ensañes con mi suerte—contestó a su compañero sir Donald—. Tú llegarás seguramente a caballero de la Tabla Redonda y yo volveré a ser el humilde caballero de los bosques. Pero, ¿qué hacerle? ¿Tengo yo la culpa de haber nacido así, con este corazón, que no puede estar quieto cuando vienen a pedirle socorro?

—Eres un buen camarada, sin embargo—añadió sir Brontas—, y puede que el rey no se enoje contigo.

Hablando así llegaron a la corte, y allí ocurrió la desgracia temida y esperada: el rey salió de su palacio y fué al encuentro de los dos caballeros que llegaban. Al ver a sir Donald exclamó:

—¿Cómo tal, caballero? ¿Venís a pretender el alto honor y olvidasteis la lanza? El día menos pensado olvidaréis también el yelmo y hasta vuestra cabeza, lo mismo que olvidáis los deberes con vuestro rey.

—Majestad...—comenzó a decir el pobre sir Donald.

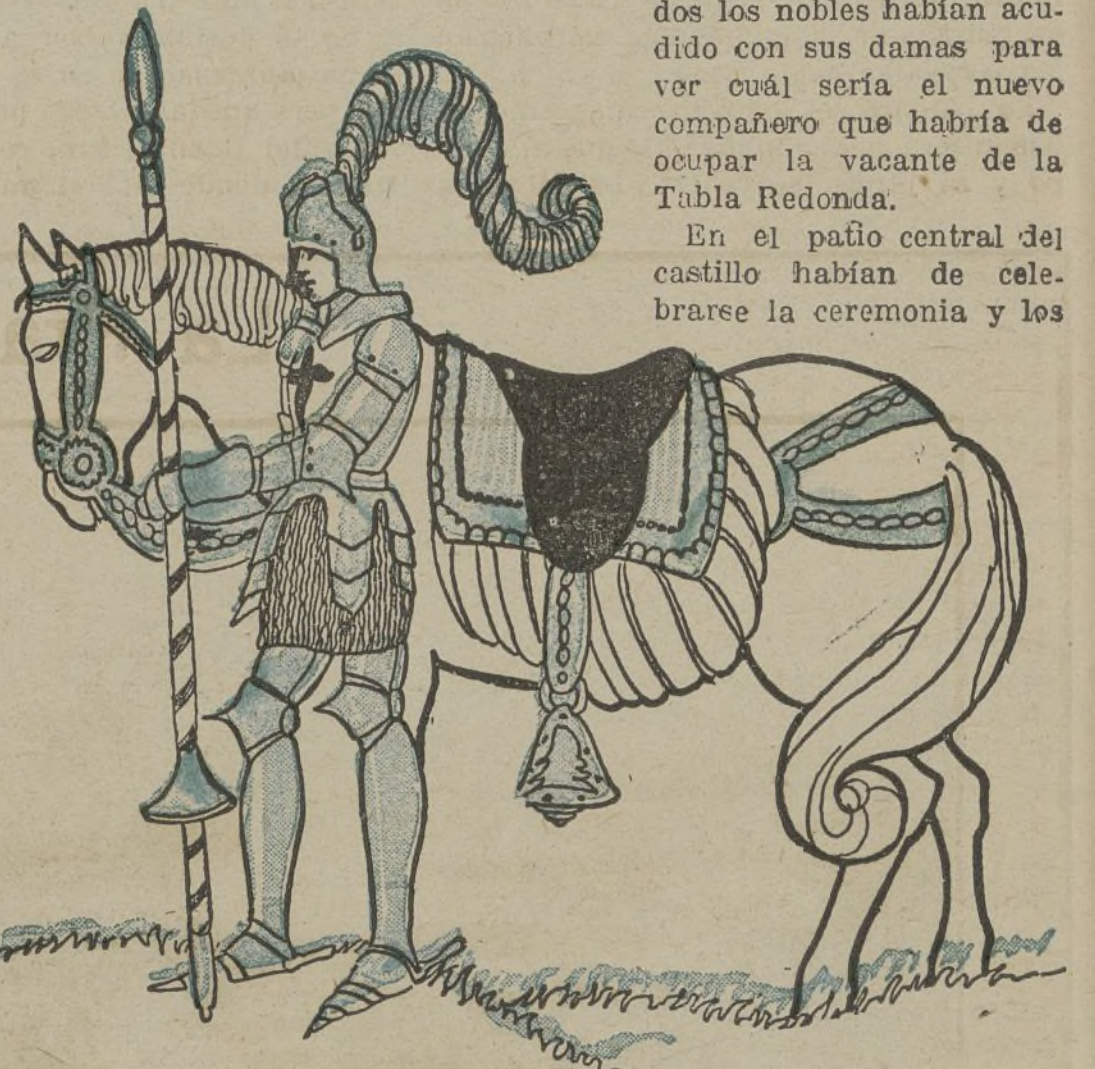
—¡Basta por hoy!—atajó el rey—. Ma-

ñana, cuando estén aquí mis heraldos, escogeré por compañero a quien me plazca.

Y volviéndole la espalda, marchó, seguido de sus caballeros y hombres de armas.

Al día siguiente, una concurrencia brillante y grandísima esperaba frente al poderoso castillo del rey. En cada almena una bandera, en cada ventana un tapiz, y al pie del castillo, por todos los alrededores, arcos de triunfo y de fiesta compuestos por gallardetes y guirnaldas de flores formados por los colores nacionales. Todos los grandes caballeros y todos los nobles habían acudido con sus damas para ver cuál sería el nuevo compañero que habría de ocupar la vacante de la Tabla Redonda.

En el patio central del castillo habían de celebrarse la ceremonia y los



torneos de costumbre en estos casos.

La familia real ocupaba las galerías del edificio. Los nobles se habían colocado en unas graderías de madera emplazadas en el mismo patio. Y por los alrededores del castillo y en los campos que le circundaban, el pueblo entero y una multitud de forasteros que habían acudido de los pueblos cercanos esperaban con curiosidad para saber el resultado de la elección real y ver el desfile de los caballeros y magnates.

Altísimos señores habían sido desechados la víspera, y sólo dos habían quedado para decidir aquel día entre ellos: eran sir Brontas y sir Donald.

Los caballeros comentaban con pesar y con indignación el caso de un caballero que llegara hasta el rey, como sir Brontas, sin tener en cuenta todos los honores de ordenanza. Era un desaire al soberano frente a la Corte toda y al pueblo entero.

Las damas, sin atreverse a defenderle, miraban compasivamente y llenas de simpatía al caballero aquel, sir Donald, que apareció sin lanza entre sus compañeros, con digna resignación en su rostro, pálido y serenamente triste.

Llegó el momento; tocaron las trompetas los heraldos; se cumplieron las ceremonias, y, por fin, se adelantó el rey, y en medio del silencio más profundo exclamó:

—Tengo elegido al nuevo caballero: sir Donald.

Todos se sorprendieron. El rey siguió: —Sir Donald llegó tarde a la corte y sin lanza; pero mis heraldos me han dicho lo ocurrido y sé que sólo por cumplir con su deber llegó tarde. Sir Donald tiene un corazón noble y siempre acude en socorro de los débiles. Sir Donald obedeció a su corazón antes que a cualquier otra orden, y acertó. Porque nuestro deber consiste en obedecer lo que el corazón nos manda, no lo que manda el rey.

Y dicho esto, el rey entregó a sir Donald una lanza de plata maciza.

UN ABUELO

Benlliure, o La alegría

El hombre brujo.—Los ojillos de pájaro.—Luz, movimiento, gracia, ritmo.—Los toros, los chiquillos, las gitanas.—El alma inquieta e infantil.

Aquí tenéis al escultor de la alegría. ¿Qué hay triste en él? ¿Qué hay lastimero y doliente en su obra? Lo mismo el níveo mármol que los oscuros broncees, al animarlos el divino soplo del alma del artista, se hacen resplandecientes, irisados, cual si no los labrara el golpe seco y firme del cincel y el martillo, sino que formase Mariano las estatuas con puñados de luz. Hasta parece como si sonaran los mármoles y broncees en un ardiente relinchar de potros de las pampas, mugir de toros bravos, repiquetear de castañuelas, reír de niños, rasguar de las guitarras y vibrar de las coplas hirientes y estallantes como cohetes de amor.

En su rugosa y endiablada faz de brujo satisfecho, los ojillos de pájaro, menudos, perspicaces, ven, sin duda, la vida tal como la veía un jocundo fauno de las divinas *Metamorfosis* de Ovidio a quien alguna vengativa ninfa hubiese transformado en alegre gorrión. Sol, movimiento, ruido, regocijo, inquietud. Pero luego el gorrión, en otra metamorfosis, se convierte en poeta, y la lira es cincel, y en la ligera línea va modulando y modelando el suave poema de la gracia, de la armonía, del ritmo, de la delicadeza, de la sonrisa alada que sube a lo alto en el esfuerzo de la ondulante y ágil bailarina o en el tembloroso anhelo de equilibrio de un gordezuelo owerpecillo infantil.

Algo así, de in-

podrían tener por bazar un Partenón.

Mirad, si no, su labor más reciente: hasta en lo grande, hasta en lo fuerte, hasta en lo recio y rudo que sale de su mano, como ese portentoso grupo del *encierro*, que acaba de esculpir, ¿qué hay sino vida plena y jocunda, desbordada, la evocación soberana y magnífica del bravo juego trágico de la majeza y de la sangre, que es media alma del pueblo español? El pelotón pujante del ganado corta el viento; las inocentes y temibles bestias aprietan sus ijares duros y vigorosos, se empujan unas a otras; un toro va a saltar sobre otro en su bucólico instinto de correr; galopa el garrochista, señor de la ma-

nada, magnífico en el trono de la silla vaquera; y se siente el golpear vertiginosamente acompasado de las cuatro herraduras de la jaca, la voz del cortijero, el cencerreo de los dóciles cabestros; se masca el polvo que levanta el tropel... Todo alegría: la alegría de los campos preñados en verano, la alegría de la fuerza, la alegría de la luz, la alegría bárbara y cruel del pasodoble que ya creéis que resuena, y que resonará cuando el pobre y ciego bruto vaya arras-trando hacia el desolladero, en tanto estalla en el tendido en palmas y alaridos la loca borrachera de la sangre y el sol.

Y ahora, ved. Un juguete, menudo, bello... y peligroso. Morti-

fero quizás. Es esa gitani-lla del Albaicín. Seguramente el bronce que la copia es menos bronce que el bronce de su cara, viva, fina, enigmática, de un ensimismado y diabólico poder de sugestión. ¡Temible gitanilla! Baila farrucas, canta soleares, dice buenas venturas... En la peineta que le rompe el crespo pelo tiene veinte puñales; y dos los ojos, veintidós... Es graciosa y felina. De fijo cuando baila parecerá una cachorrilla de tigresa. Quizás lo sea al amar.

Y mientras hay quien mata y muere en el cruel juego; mientras la gitanilla del Albaicín sigue graciosamente hierática e inmóvil como una esfinge egipcia, ved a ese chiquitín rollizo y mofetudo, senatorialmente panzudo y satisfecho, que tiende los bracitos para coger no sabemos qué cosa que se le acaba de antojarse: que tal vez sea una estrella o que tal vez no sea mas que una pompa de jabón; lo mismo da. Ved a esos señoritos, el caballero gentil de siete años, la madamita bonita de tras, los dos pequeños del señor vizconde de Eza, graves y reposados en su banqueta heráldica. Parece que hace sólo ocho o diez días que los retrató Mariano. Ellos quisieran dar cada uno un brinco, dejarse de retratos e irse a correr y a saltar al jardín. Pero es menester acallar las circunstancias: ser serietitos y formales un rato, porque ahora han hecho ministro a papá...

Frivolidad, ligereza, arte alado. Eso es este hombre niño, este hombre brujo de los ojillos menudos e inquietos que no cesan de reír.

Claro es que a veces su cincel creador arranca al mármol y saca del bron-

ce y eleva sobre el gigantesco blo-que de granito la obra excelsa, el tributo magnífico a la gloria y a la inmortalidad. Véase el soberbio monumento al gran patrio ar-gentino Lri-goyen, la-bor de estos

fecundos años últimos y hoy recién termina-da; labor enorme, pasmosa, genial: maravillosa mole, toda espíritu y jugo, en cuyo basamento resucita la noble ma-jestad de la escultura helénica con el hermoso resurgir de un tropel de hipo-grifos y centauros.

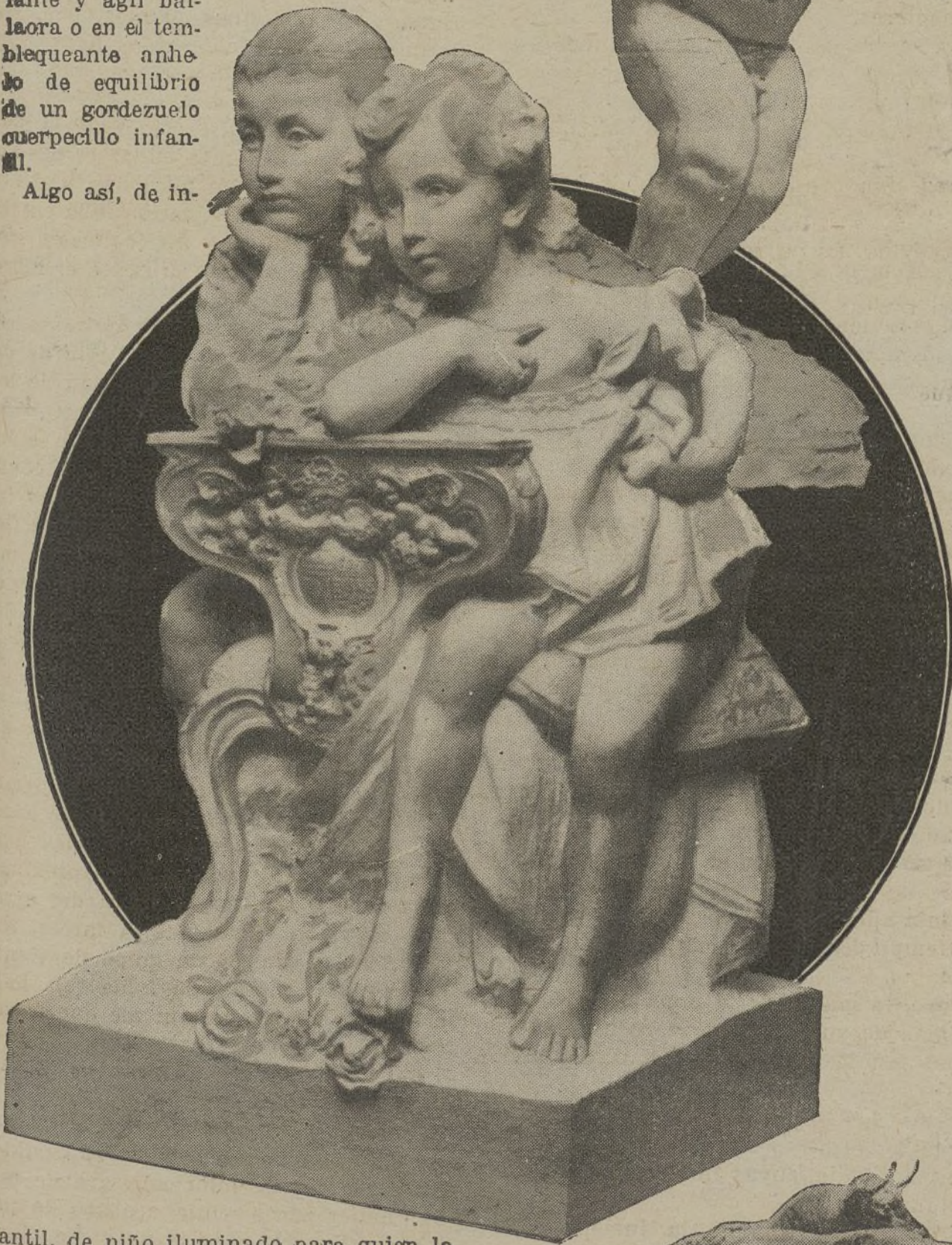
Y he aquí que realizando esta labor, labores de esta estirpe, deja de pronto Mariano el cincel, sale al jardín florido de su estudio, se echa de bruces en el suelo como un chico que tiene ganas de diablear... Y allá se quedan los centauros, los héroes, las estatuas; allá se queda el sublime trajín. Mariano se entre-tiene en empedrar de menudos guijarros de colores las anchas plazoletas, las lar-gas avenidas orilladas de rosas y bañadas de sol. Cada paseo en su casa tiene un tapiz bordado en piedra por su ma-no, con fantasmagóricos bichos estram-bóticos, con fechas memorables, con nombres adorados, con la expresión del alma irremisiblemente inquieta y pe-rennemente voluble e infantil...

Luego, no es ya la alfombra, es la cerámica; allí están los hornos, las mu-flas, los trebejos del arte frívolo y en-cantador; y he lo cociendo un ánfora de matices bellísimos, un plato prodigiosa-mente picriado, una guirnalda que se-meja un encaje hecho con pétalos de flor.

Y luego, ya no es la cerámica, es la talla; es la silla española de traza aus-tera y fuerte; es la arqueta graciosa del Renacimiento, que parece labrada para guardar las joyas de la favorita de un dux. Y luego...

Y luego y siempre este hombre es este hombre: el artista supremo de la ale-gría, del ritmo, de la gracia, de la ben-dita y divina inquietud. Hasta cuando esculpe un panteón, los ángeles que pone en él llorando, parecen blancas aves de vida y espe-ranza dispuestas a volar.

Joaquín LÓPEZ BARBADILLO



fantil, de niño iluminado para quien la pella de barro hecha figura es como un delicioso juego del espíritu, se advierte en toda la obra de Mariano Benlliure. Existe un cuadro de su hermano José en que Mariano, mocosito de cuatro años, está pintado modelando ya, dando ya al barro vida. Y eso siguió haciendo después, esa hace en plena gloria: jugar, jugar... Juguetes prodigiosos, que

PROLONGACIONES

MUÑECAS DE TABLADO

VIVIE WARREN, de Bernard Shaw

Cuando cae definitivamente el telón empieza a trabajar la señorita Warren. Los espectadores así lo creen y abandonan sus butacas con satisfacción al pensar: «Esta buena muchacha se quedará siempre escribiendo en los libros comerciales.» Todos se acuestan con el regocijo de que la pequeña profesora de energías va a resolver su congojosa situación a fuerza de hacer asientos, tomar notas taquigráficas y aumentar la clientela.

A la mañana siguiente, los mismos espectadores que la dejaron en el escenario creen que sigue allí todavía haciendo largas sumas, hasta que sea la hora del ensayo y la oficina fingida se convierta en tablado y luego otra vez en oficina. Pero Vivie, después de la representación de *Mistress Warren's Profession*, sólo se queda sujeta al pupitre unos minutos. Espera que se vacíe la sala, que el apunador huya, que la tramoya sea movida por las brujas del teatro y las decoraciones se despedacen, para quedarse meditando un poco ante el envés burdo del telón.

Vivie Warren está más conmovida de lo que creían Bernard Shaw y el público. Al fin y al cabo, ella es la víctima de la frivolidad de Frank, de la grosería de Crofts y de la vergonzosa profesión de su señora madre. Después de sumar unas columnas siente una opresión súbita, se le sube el pavo de la rabieta y sobre la correspondencia mercantil echa unas lagrimitas. Nada tiene de extraño: Vivie ha representado una comedia difícil y dura y se le debe perdonar ese desahogo, natural en una muchacha que no ha cumplido los veinte. Además, nadie se ha enterado. Las gotas de llanto han corrido las cartas escritas a máquina; Vivie, para disimularlo, las mete en el copiador y aprieta mucho la prensa para que parezca un defecto de copia.

Después, Vivie Warren, como tiene los nervios quebrantados, se retira también a descansar. Este es el verdadero final de la comedia.

MONNA VANNA, de Maeterlinck

Cuando Giovanna tuvo en su poder la llave del calabozo de Prinzivalle, se desmayó por segunda vez. Sus dedos se agarraron al asirila con esa violencia con que se enclavijan los de los ahogados.

Antes de que volviera en sí fué llevada a su aposento. Guido Colonna, al dejarla en el lecho, volvió a ver su completa desnudez, mal encubierta por el manto exiguo y los velos que tomó en la tienda del general sitiador. Su furor se recrudeció. Pero la alegría de la venganza le aconsejó suntuosidad. Mandó llamar a las azafatas de su esposa y las hizo traer los collares y preseas de Florencia, los vestidos de brocado de oro de Venecia y los abanicos randaños. Giovanna abrió los ojos, y cuando hubo de decidirse vaciló largo rato en escoger atavío.

Marco le aconsejó reposo; pero ella estaba demasiado agitada por una frenética alegría y no pudo dormir. Durante toda la mañana estuvo sola. No quiso recibir a nadie ni prestar atención a los mensajes y gratulatorias. Tan sólo habló con una doncella sienesa de párpados níveos y pupilas de oro. Y cuando ésta se fué, besó suavemente la herrumbrosa llave del calabozo en donde Gianello esperaba la sanción terrible. A mediodía volvió la moza sienesa y las palabras que vertió en voz baja hicieron

sonreír a Monna Giovanna, que pidió el cofre de sus collares. Escogió el más valioso y se lo puso a la muchacha. Después le entregó algo que desapareció en sus blancas manos. Ambas miraron a las paredes con zozobra, como si temieran la mirada de las cosas. Luego salió la azafata a las galerías, escondiendo el collar y el secreto con aire despreocupado y feliz.

En el palacio Colonna estaban congregados todos los niños de Pisa, que traían flores a la Salvadora. Los alabarderos

contenían frente a las terrazas a la plebe delirante. Mientras, se celebraba el banquete. Giovanna apenas habló, y al elogiar Marco su conducta, en clásicos períodos elocuentes, dos lágrimas le quemaron las mejillas. Pisa entera tomó parte en el banquete. La nobleza figuraba como comensal. La plebe, como espectadora. Tan sólo una mujer en la ciudad permaneció ajena a la ruidosa fiesta: la doncella de Siena se deslizó furtivamente por los jardines del palacio, y en el pinar de las cuádras, situado en una colina, conversó con un hombre de torvo mirar, que parecía un hijo del África.

Cuando el crepúsculo moría, tres pi- queros del ejército florentino detuvieron un caballo negro, montado por un hombre que llevaba la cabeza vendada y una

mujer envuelta en amplio manto. Venían de la plaza sitiada. Al reconocer a Prinzivalle, le hicieron desmontar y le indicaron el mejor atajo. Giovanna les miró con desconfianza. Pero Gianello le puso las manos en los hombros y la tranquilizó con los ojos. Uno de los soldados partió con el caballo al galope. Los otros dos guiaron a los amantes a través de un bosquecillo de mimbreras que bordeaba a un río. A las dos horas de sigilosa marcha, los tres besaron la mano del general y de su acompañante al dejarles en camino seguro.

Durante toda la noche los habitantes de Pisa buscaron a Monna Vanna.

NORA, de Ibsen

No sabemos por qué fuimos detrás de ella. Una noche cualquiera, desahogada e invernal, topamos con una silueta desconcertante y la seguimos por costumbre y curiosidad. El aroma de las pieles de su abrigo llenaba suavemente las calles, estremecidas y acatarradas. Su taconeó señorial y honesto era hondamente estimulante en la hora zafia y rendida, tercera de la madrugada.

Cruzó con paso acelerado y decidido la plaza anchisima y ya mal alumbrada; plaza viuda del ajeteo diurno, enferma del tedio nocturno de las vías urbanas, que a esas horas bostezan interminablemente. Los arcos voltaicos y los manguitos de gas espolvoreaban una luz doliente, color de azufre o yodoformo. Aquella mujer misteriosa y recatada, que no volvía la cabeza, dejó ver bajo el rico gabán la falda del baile de trajes, el disfraz de napolitana, y se llevó detrás, sin darse cuenta, a unos cuantos hombres husmeadores, indolentes y *nocherniegos*, en la acepción caudalosa que dió Juan Ruiz al adjetivo. Todos la siguieron con ansia y respeto, a distancia o por la acera de enfrente. El más audaz se puso a su lado; pero ella no miraba a nadie y andaba muy de prisa, taconeando en las amplias losas dulce y musicalmente, como en un timpano de cristales el mazo de corcho y alambre...

¿Era una dama azorada y quizás arrepentida de una aventura? ¿Venía de un baile de máscaras? La curiosidad de los galanes no duró mucho tiempo. Quedaron a la zaga y desistieron. Ella se internó por calles más estrechas y confidenciales y apretó más el paso. Los faroles silbaban con una insistencia dolorosa, como si tuvieran también un alma y suspiraran su pena con una monotonía asmática. Su luz descubría los reflejos de los zapatos de baile y las hebras rubias del cabello de la desconocida.

Recorrió muchas calles, pero no atravesó ninguna. Llegó al corazón de un barrio extremo y popular.

Siguió apartándose, ajena a mi persecución. Debía ir hacia el río o las afueras. ¿Sería una suicida? Esta idea hizo que me acercara más, que me aproximara mucho. La última glorieta del arrabal conservaba llameante la farola. Iba a hablarla, cuando un golpe de viento me volvió a enseñar la falda roja bajo el abrigo. Al reconocerla me quedé clavado al suelo de sorpresa.

—¡Es la Nora de «La casa de muñecas»!

¿Podía yo defenderla? ¿Qué podía hacer sino dejarla que siguiera su destino? Su dolor era el dolor más grande que una mujer puede sentir: acababa de quitarse el hogar, los hijos, la dicha. Todo lo había perdido, salvo la dignidad humana. Dejé que se extraviara en las sombras, en la hora procaz y sospechosa, disfrazada, arrojando la catástrofe máxima, consciente de su decoro y de su significación. ¿Adónde iba? Ni siquiera a saberlo tenía nadie derecho. Su propósito era firme: iba en pos de una fórmula

Una ocurrencia de Tristán Bernard

EL SEGUNDO JUICIO DE SALOMÓN

Sacha Guitry, el gracioso actor y autor francés, acaba de fundar en París una revista extraordinariamente original. Se titula *El correo de monsieur Pic*. Los más ilustres escritores dirigen cartas, sobre el tema que mejor les parece, a este simpático y apacible burgués, común amigo suyo, y monsieur Pic, que no entiende muy bien la endemoniada letra de la mayor parte de los literatos, las da a Sacha Guitry para que las imprima, que es la manera de leerlas mejor.

He aquí la grave e importante comunicación que el gran Tristán Bernard ha enviado a monsieur Pic, y que aparece en el número primero:

Mi querido amigo: Hace veinticinco años que dirigí a cierto periódico, cuyo nombre he olvidado, un compendioso informe relativo al hecho histórico de que hoy aporto esta más detallada referencia, basada en documentos de la época.

El rey Salomón, como ya sabe usted, murió en Jerusalén en el año 975 y nació en el 1032. Una de las originalidades de los personajes anteriores a la era cristiana era la de morir antes que nacieran.

Salomón fué el autor de aquella célebre sentencia cuyos considerandos y resultandos no es necesario recordar. Sabido es que dos mujeres se disputaban la maternidad de un niño y que el rey Salomón pidió un alfanje para partir el niño en dos, y como una de las dos mujeres se opusiese: «He aquí—dijo Salomón—la verdadera madre.»

Esta sentencia causó en el país una impresión grandísima y no dejó de dar sus naturales frutos. A partir de ella, la injusticia se había hecho pusilánime, y también la justicia, cuando no estaba absolutamente segura de sí. Si un panadero notaba que le habían robado un pan, decía: «Lo mejor es callarse. De otra manera, tendré que ir ante el rey Salomón, que va a encontrar para el ladrón toda clase de excusas y me va a despachar con viento fresco.»

Salomón llegaba todos los días a la Audiencia dispuesto a hacer justicia.

—¿No hay nada nuevo?—preguntaba al levita de guardia.

—No hay nada nuevo, majestad.

—A ver la tablilla de asuntos al despacho.

Ni un solo nombre inscrito. Salomón movía lentamente la cabeza, y exclamaba: «¡Tanto mejor, tanto mejor!» Pero a solas consigo mismo le parecía que no se hablaba lo bastante de su justicia y que su fama de buen juez estaba paliando un poco. Es evidente que un buen juez no trabaja con miras a la gloria; pero piensa, no obstante, que sus juicios deben dar que hablar algo, por el ejemplo que presentan y por el santo interés del Derecho. Aparte de ello, la justicia reinaba en el país, y esto era lo esencial.

Pero un día, al presentarse Salomón con tres cuartos de hora de retraso en la Audiencia, porque no corría prisa ir a un despacho en donde nunca había nada que despachar, vió al levita de guardia dirigirse a él corriendo:

—Majestad, ahí están dos querellantes.

—Vamos a ver qué quieren—dijo el rey.

Y entró precipitadamente en el salón, donde se presentaron dos hombres y una mujer muy entrada ya en años. Los dos hombres, que parecían irritadísimos el uno contra el otro, contaron, sin cesar interrumpidos por la vieja, el asunto que les llevaba al Tribunal.

Uno de los dos se había ido, hacía treinta años, a un lejano país, en donde se casó con una joven. Murió la joven poco tiempo después, y él dejó aquella tierra, volviendo a su ciudad natal.

A los treinta años de ocurrido el suceso, la madre de la muerta llegó a Jerusalén, dispuesta a averiguar la residencia de su yerno. Pero resultó que en Jerusalén había dos individuos del mismo nombre y, poco más o menos, la misma edad.

¡Perplejidad terrible! Cada uno de estos dos sujetos le decía a la mujer: «Yo a usted no la conozco.» Uno, de buena fe; el otro, evidentemente, de mala. ¿Cuál era el verdadero yerno? La misma vieja, cuyas facultades se habían gastado con el uso, no era capaz de designarlo.

Entonces Salomón meditó unos instantes y, recordando la jurisprudencia que ya le había proporcionado un éxito, mandó por un alfanje para partir en dos el cuerpo de la vieja.

Pero en el instante en que el verdugo iba a cumplir su oficio, uno de los hombres gritó: «No, no; esto es demasiado inhumano.» En tanto que el otro decía: «Sin embargo, es una solución...»

Salomón se acercó a éste, le puso una mano en el hombro y sentenció:

—Tú eres el verdadero yerno.

Y le entregó la suegra en una pieza.

Tristán BERNARD

la generosa para poder continuar viviendo. Ebria de heroísmo, la vi perderse en el laberinto confuso de la vida, en que todos los caminos son tortuosos. Seguro de que no se mataba, temblé por su suerte de mujer, que prefería un pequeño segmento de línea recta a las nueve revueltas del torrente estigio.

Mauricio BACARIS E

LECTURAS

La Biblioteca Hispania ha puesto a la venta el segundo tomo de su colección «Literatura» y publica «Una infancia trágica», de Máximo Gorki, escrupulosamente traducido por E. Torralva Beci.

Los dos últimos tomos publicados por la Biblioteca Económica Plon, de París, son «Le chèvre d'or», de Paul Arène, y «Jeanne d'Arc», por Gabriel Hanotaux.

Hemos recibido el interesante libro del general Gabriel Rouquerol, titulado

«Después de la victoria» (notas críticas de la guerra), traducido por el coronel de Ingenieros D. Juan de Avilés.

La Casa editorial Maucci ha enriquecido su colección de obras poéticas con el «Parnaso ecuatoriano», que contiene, entre otras, bellas rimas de Baquerizo Moreno, Alberto Larrea, Meseoso, Falconi, Andrade, Coello, Borja, Noboa Camaño, Joaquín Olmedo, Villagómez, Numa, Pompilio Llona, Crespo Toral y Wenceslao Pareja.

Se ha publicado «Descripción de las monedas hispanocristianas, desde los Reyes Católicos a Alfonso XII», obra

ilustrada con 35 láminas, por D. Fernando Mateos Aguirre.

Don Rafael Reseco acaba de publicar, con el título de «La Jornada», un interesante estudio social sobre los problemas de actualidad.

En París ha empezado a publicarse *La Revue Universelle*, dirigida por monsieur Jacques Bainville.

Insertará trabajos literarios, históricos y filosóficos. El primer número va avalorado con las firmas del cardenal Mercier, Maurras, A. Maurois, Banmauer, René Johanuet, Lasserre, Maritain y Lucien Dubech.

¡FORASTEROS!
COMPRO, PAGANDO SU VALOR,
alhajas, antigüedades, abanicos, pianos,
autoplanos, aparatos fotográficos, má-
quinas de escribir, objetos de arte, etc.
Cruz, 10. — LA ALMONEDA. — Cruz, 10.
(Próxima a las Cuatro Calles.)
Vendo todos estos artículos de verdadera ocasión.

CARLOS COPPEL

FABRICA DE RELOJES

Fuencarral 27 Madrid

DEPÓSITO DE
LOS RELOJES
DE PRECISIÓN
M.Z.A



CERTIFICADO
DE GARANTIA
CON CADA
RELOJ

Buena ocasión.

Vendemos baratísimo alhajas finas garantizadas, relojes oro de ley, repeticiones, relojes de pulsera, antigüedades, pianos, gramófonos, escopetas, máquinas fotográficas con buenos objetivos, prismáticos, máquinas de escribir, visibles y de buena marca; paraguas, impermeables, bolsos de plata, cadenas, medallas, pulseras, pitilleras, sortijas sello, despertadores, pistolas, relojes, jarrones, bronce e infinidad de artículos, siempre de ocasión y a precios económicos. ¡Ojalá Para comprar barato y bien, visitad la conocida casa Serna.

SERNA, Hortaleza, 9. Próximo a la Gran Vía.

Señor particular

Compro, pagando su verdadero valor, por

Alhajas y papeletas del Monte

y aviso a quien tenga alhajas empeñadas, que las desempeñe y las compro.

Fuencarral, 6, entlo. centro.

Joyería,
platería,
relojería
fina,
orfebrería,
artículos
para
regalos,
escopetas,
prismáticos,
máquinas
fotográficas,
escribir
y coser,
pianos,
pianolas.

Compro-Vendo

CRUZ, 18
(esquina a Victoria).

Teléfono M 22-00

:- Pagamos altos precios :-
:- por papeletas del Monte. :-

JOYERÍA HISPANO-BELGA

TÍTULO REGISTRADO

Casa acreditada

Gran economía, con precios a la vista del público, en alhajas de todas clases y relojería garantizada. Factura de garantía en todas las compras.

Montera, 22

JUNTO AL HOTEL IMPERIAL

SEÑORAS

Los Grandes Almacenes de Santa Cruz (CASA LABIANO), plaza de Santa Cruz, núm. 1, esquina a Bolsa, invita a las señoras para que visiten esta Casa y puedan ver los más selectos modelos de París en vestidos y abrigos que se acaban de recibir. Se confeccionan a la medida trajes de señoras y niñas. Los precios son muy económicos, dada la importancia de las compras realizadas.

LA CIENCIA PSICOLOGICA

enseña que una idea engendra un acto; un acto engendra una costumbre. Los comerciantes deben aprovechar esta enseñanza y sembrar en todas las inteligencias la idea de la bondad o de la conveniencia de sus artículos. Recogerán el fruto traducido en actos de compra. Sería ridículo dudar de la verdad de un hecho tan comprobado en todas partes.

PUBLICIDAD CIENTIFICA REYES

Fuencarral, 13 y 15, Madrid.

Sucursal: Puerta del Sol, 6, 1.º izqda.

VELLUDAS

Todo será inútil. Únicamente sometiendo a tratamiento con el

EXTIRPADOR DEL DOCTOR BERENGUER

sin electricidad, por su señora o por vosotras mismas, lograréis veros libres de tan feo defecto, sin daño para vuestra salud ni cutis. Desconfiad de cuanto os digan en contrario. Igualatorio a precios convencionales.

¡Éxito garantizado!

SAN ANDRÉS, 29, segundo.—MADRID

Único gasto para siempre: 15 pesetas. Por correo, 16 pesetas.

Farmacia Gayoso, Arenal, 2; Pérez Martín y Compañía, Alcalá, 9; Santa Isabel, 14, perfumería. En Barcelona: Ferrer y Compañía, plaza de Cataluña, 12. En Bilbao: Barandiarán y Compañía, Estación, 1, y FARMACIA PRIETO, FERNANDO EL SANTO, 5, MADRID. Su farmacéutico, droguista o perfumista pueden proporcionárselo a usted de estos depósitos.

Ford

EL AUTO UNIVERSAL

DE LA

Ford Motor Company

DE CADIZ

VOITURETTE de dos pasajeros.

DOBLE FAETON de cinco pasajeros.

CHASSIS COMÚN Y DE CAMIÓN de una tonelada.

ENTREGA INMEDIATA

STOCKS EN MADRID

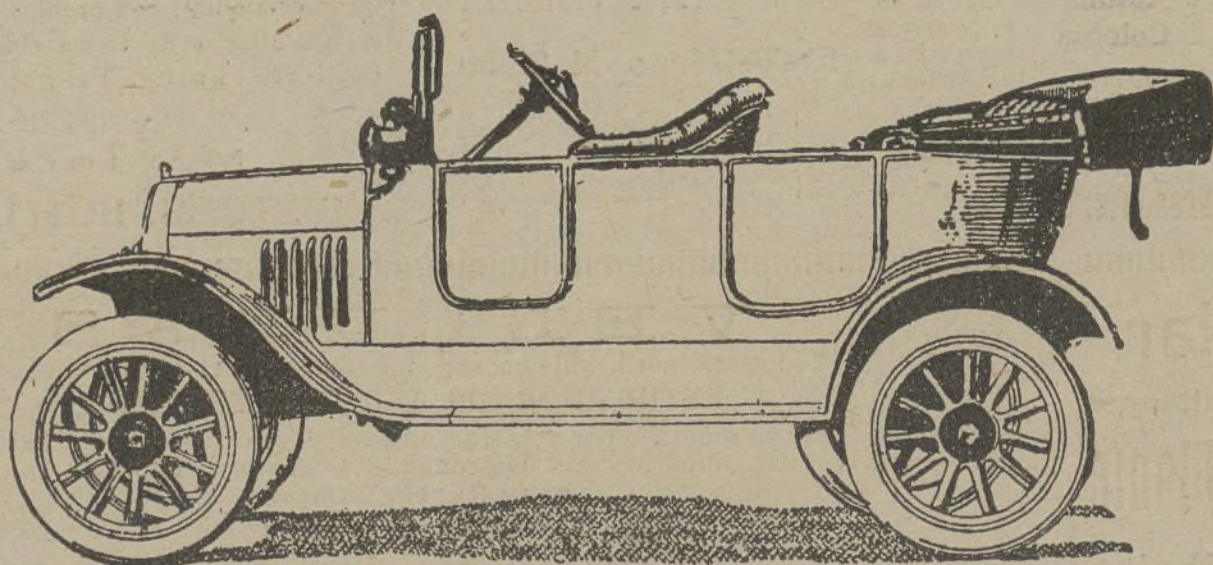
Tenemos coches para demostraciones en el acto.

AGENZES EXCLUSIVOS
PARA

Madrid, Toledo, Ávila,
Segovia y Guadalajara.

THE QUAKER CITY CORPORATION

Fernanflor, núm. 4. MADRID Teléfono M. 30-50



Trate con insistencia de adquirir partes legítimas FORD.